

HIJO DEL
SOL



ALBERTO CALO





Calo, Alberto Fabián

Hijo del Sol : historia de búsqueda y descubrimiento
/ Alberto Fabián Calo. - 1a ed adaptada. - Ciudad
Autónoma de Buenos Aires : Alberto Fabián Calo,
2021.

192 p. ; 16 x 25 cm.

ISBN 978-987-88-1196-3

1. Espiritualidad. I. Título.
CDD 130

Copyright

© Calo, Alberto, 2021

Primera edición: noviembre 2021

Impreso en Argentina / Printed in Argentina

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta
obra sin la autorización por escrito de
los titulares del copyright.

Los 300 ejemplares de Hijo del Sol se terminaron
de imprimir en noviembre de 2021 en Imprenta

Dorrego (Av Dorrego 1102),

Ciudad de Buenos Aires, Argentina.

Diseño: Juan Pablo Cambariere

HIJO DEL
S O L

HISTORIA DE BÚSQUEDA
Y DESCUBRIMIENTO

ALBERTO CALO



Me reconozco y Te reconozco...

*A mis maestros y a todas las almas que confían en mí
y me permiten crecer en la experiencia.*

*A los que ya se han ido, los que están presentes
y los que aún tienen que llegar.*

*A esa fuerza maravillosa
que conocemos como existencia
por darme mucho más de lo que algún día soñé.*

Buli, gracias por bancarme durante todo este proceso.

Agus y Toby, gracias por elegirme como su papá.

Los amo con todo mi corazón.

y que tuviesen por muy cierto que
no decía él aquellas cosas de suyo,
sino que el Sol se las revelaba y mandaba
que de su parte las dijese a los indios, el cual, como padre,
le guiaba y adiestraba en todos sus hechos y dichos.

Inca Garcilaso de la Vega

Rompo el dolor
rompo el sabor
de los que sufren contradicción
hijo del sol
beso el calor
rompo las reglas del tiempo.

Lisandro Aristimuño

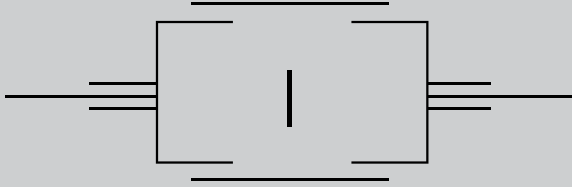
Hagamos un pacto: yo me comprometo a relatar las cosas tal y como sucedieron, sin recurrir a metáforas ni figuras retóricas excesivas, y vos, como lector de estas líneas, determinarás si lo escrito tiene alguna explicación lógica.

Desde ya, te advierto: soy un hombre profundamente racional. No tengo fundamento científico alguno que permita explicar las cosas que voy a relatar. Lo intento todo el tiempo, siempre con el mismo resultado infructuoso. Por eso, mi rol en este pacto se reduce al de mero narrador. Me limitaré a contar ciertos episodios que sucedieron a través de mis manos, mis pensamientos o mi corazón, y me comprometo a hacerlo de la manera más directa posible, sin abusar de tu tiempo ni de las palabras.

Esto no pretende alzarse en verdad absoluta, solamente describir el proceso de transformación que tuvo mi vida. Serás vos quien juzgue si lo que presento tiene algún valor. No importa si creés en Dios, en el Mesías o en Alá; si sos agnóstico, filósofo o ingeniero. No me voy a meter en tus creencias, ni en las creencias o convicciones de nadie. Estas líneas, dirigidas a quien se disponga a leerlas sin prejuicios y con el espíritu abierto, no son un tratado teológico ni pretenden cambiar la forma de ver las cosas. No escribo para convencer a nadie de nada, sino solo para presentar algunas evidencias que brotan de mi propia y limitada experiencia.

Me dispongo a contar las cosas tal y como sucedieron. Aunque, todavía, no tengan explicación.

ALBERTO CALO



LA INICIACIÓN

1

Te invito a levantar la mirada.

A concentrarte en las personas que te rodean. Ahora mismo. Alzá un segundo la vista de esta página y mirá a quienes tenés cerca. Tu vida, la mía, la de tus padres y amigos, la de tus colegas y gobernantes, la vida de quienes mires ahora, la de cualquiera de nosotros, sin excepción, comienza con una madre. De ella venimos todos.

La mía se llama Hortensia y no le gusta mucho su nombre, quizás por aquel mito que dice que las mujeres que cultivan hortensias están destinadas a fracasar en el amor. Había algo negativo en ese nombre, de origen latino, que viene de *hortus*, que quiere decir “huerto”, el “lugar donde las cosas brotan, donde las semillas germinan”. Nadie en la familia sabe quién la bautizó con ese nombre, si el padre, la madre o una tía, pero le resultaba incómodo, tan incómodo como su segundo embarazo.

Su primer hijo, Orlando, había nacido nueve años atrás. El parto había sido un parto y no quería sufrir de nuevo, no quería pasar por lo mismo. En su desesperación, recurría a Jesús, pero Jesús no la escuchaba. Era como si no tuviera nada que ver con ella, como si su embarazo fuera obra del Espíritu Santo.

Al parecer, en aquella época, fines de los años sesenta, estaba muy mal visto que una mujer de treinta y cinco años es-

tuviera embarazada. Hortensia no sabía qué hacer, por eso recurrió a su hermana, la tía Angélica, que nunca se había casado, no tenía hijos y estaba siempre dispuesta a ayudar.

—No sé qué hacer con esto —dijo, posando la mano en su abdomen.

—¿Qué dice Jesús? —preguntó Angélica.

—Que no es momento para tener otro hijo.

—¿Y recién ahora se da cuenta?

Jesús trabajaba quince horas al día en el sector gastronómico. Había llegado de España sin recursos, dispuesto a encontrar en Argentina alguna puerta que se abriera, alguna oportunidad para salir adelante.

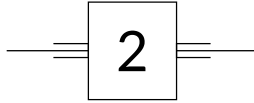
Hortensia le comentó a la tía Angélica que, en realidad, había algo que podía hacer. Su hermana la escuchó en silencio, se sentó a su lado, tomó su mano y advirtió:

—No te permito, ni voy a permitir, que abortes.

El nombre “Angélica” está relacionado con “ángel” y se refiere a personas que protegen a quienes tienen cerca. Fue precisamente eso lo que hizo Angélica conmigo y con su hermana Hortensia: no la dejó sola, la acompañó en todo momento.

Mamá dio a luz el 29 de agosto de 1967. Mi padre me presentó ante la familia como “Alberto”. No dijo más que eso. “Les presento a Alberto”. El nombre, supe después, tiene origen germánico y significa “el que brilla por su nobleza” o “nobleza brillante”.

No lo puedo demostrar, porque no tengo recuerdos de mi época de recién nacido, pero vivo en la convicción de que mi nacimiento, mi llegada a este mundo, sirvió para sanar la existencia de mi madre, darle sentido y que se sintiera mejor.

2

Los caballitos, las abejitas, los ositos, los elefantitos, los excesivos colores y los papeles que brillaban, las cartulinas amarillas con sus recortes anaranjados, las imágenes de animales y los percheros, las sillas diminutas y las mesas azules, los papeles y los crayones rotos, todo lo que veía en el jardín de infantes me aterraba: yo no quería que mi madre me dejara en ese lugar, pero así sucedió. Fue la primera lección que recibí de la vida, la primera enseñanza, mucho antes de comenzar el primer grado: mamá no va a estar siempre a mi lado.

Después de saludarnos amigablemente, la maestra pidió que dibujáramos una vaca. ¿Qué cosa? Una vaca. Yo nunca había visto una vaca. Había nacido en la ciudad del cemento y la avenida más ancha del mundo. No conocía el mar ni las sierras, porque mi padre Jesús trabajaba todo el día en el sector gastronómico y mi madre Hortensia cuidaba de Orlando y de mí. La situación económica no admitía vacaciones de ningún tipo.

¿Cómo esperaban que dibujara una vaca, si nunca había visto una en mi vida?

Miré a mi lado: mi compañerito —porque en el Jardín de Infantes todo lleva diminutivos— estaba volcado sobre su hoja, las manos conteniéndola como si esta fuera a volar, el extremo de su lengua asomando en sintonía con su concentración,

mientras dibujaba un rumiante de precisión fotográfica. ¿Cómo podría yo lograr algo semejante, con tal nivel de realismo?

Por algún lado había que empezar. Dibujé, primero, el sol, porque era más fácil y porque, si había una vaca, debía estar debajo del sol, en el campo. Tracé una circunferencia, lo más parecido a un círculo. Apoyé el lápiz y vi cómo su extremo intentaba una línea que comenzaba en lo alto y bajaba hacia la derecha. No era un círculo perfecto, pero era lo mejor que podía hacer. Dejé el lápiz y tomé un crayón color amarillo y completé la superficie dibujada, también con imperfecciones que no me molestaron. Después de todo, el sol no era tan exacto.

Recuerdo que le hice rayos, un poco para reflejar lo que hacía el sol en mi vida (lanzar rayos) y otro poco para disimular mis imperfecciones al colorear.

La maestra, que pasaba por las mesas, me preguntó qué era esa mancha circular que había terminado de delinear sobre el papel.

—El sol —aclaré.

¿No podía verlo? ¿Tendría que haberlo dibujado más grande? Si era lo único que se veía en el papel.

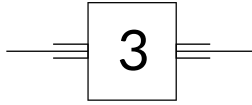
—Es el sol —repetí—. Si lo mirás directo, te quedás ciega y después no podés ver nada más.

—¿Y la vaca, Albertito? ¿Dónde está la vaca?

—Ya viene —contesté—. Primero el sol, después todo lo demás.

¿Qué podía saber yo de “todo lo demás”? Con apenas cuatro años, no sabía leer ni escribir. Conocía muy poco de la vida; sabía mi nombre, el de mis padres, el de la tía Angélica.

Sabía solamente eso: que el sol viene primero, después todo lo demás.



Tenía doce años cuando me llevaron de vacaciones por primera vez. Un amigo de mi padre nos prestaba su casa, ubicada a unas quince cuadras del puerto de Mar del Plata. A pesar de mi entusiasmo —era la primera vez que dejaba la ciudad y nunca había visto el mar— mi padre no podía ser de la partida. Fuimos con mi madre en tren, recuerdo haberme quedado pegado a la ventana, sorprendido ante la vastedad del campo, hasta llegar al domicilio indicado. Estaba muy ansioso por conocer el mar, aunque pude verlo apenas en algunos tramos breves, cuando ingresamos a la ciudad.

No bien entramos en la casa, mi madre se ocupó de comprar algunas provisiones para la heladera, desempacar, hacer las camas. Durante todo ese tiempo, no hice más que abrumentarla con el mismo insistente pedido: “Vayamos a la playa, Mamá, vayamos a la playa”. Debe haber sido difícil soportar el cántico constante, monótono, con el que la seguí por toda la casa hasta que, finalmente, caminamos hacia el puerto.

El asombro al descubrir el horizonte azul fue abrumador. Ahí estaba, bajo el sol de media mañana, una superficie gigantesca de agua, un volumen colosal de líquido, una extensión sin fin de marea y ondulaciones. ¡Estaba fascinado! Recuerdo haber corrido hasta la arena, ver las olas de mar entre un mar de gente.

En lo alto, el sol era un círculo incandescente que iluminaba todo, que se adhería a las rocas, a la arena, a mi propia piel. Por la tarde, regresé con el cuerpo ardiendo. Apenas me podía mover.

—¿Cómo te sentís, hijo?

—Siento que me quemo, mamá —recuerdo haber repetido—. Me quema todo el cuerpo.

Todo dentro de mí era fuego, llamas invisibles que me abrazaban, porque las sentía arder en un abrazo del que no podía liberarme. Había sufrimiento en cualquier leve movimiento que hiciera.

¿Qué pasó?, me preguntaba desde la más absoluta inocencia. ¿Qué me pasó, mamá? Necesitaba una respuesta de ella, que no permitiría que nadie me hiciera daño.

—Fue el sol —contestó mamá.

Ese día, y los que siguieron, aprendí que el sol podía ser malo, y que el infierno, ese lugar de llamas y castigo, podía tener lugar dentro de mí.